

El Retorno del Muerto

daniel bernardo grimberg

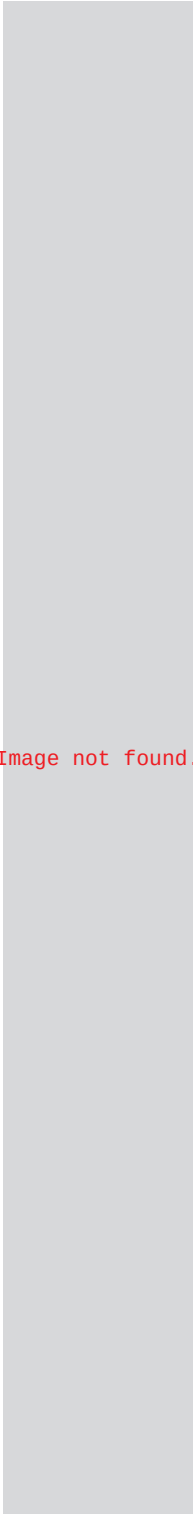


Image not found.

Capítulo 1

El Retorno del Muerto (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Después de haber estado muy ilusionado a causa del descubrimiento de la inmortalidad, para Oscar Bendeiro fue fraguada una gran irrisión dentro del jardín de espesas vegetaciones en que se sucedieron los hechos, donde minutos antes había quedado boquiabierto junto a su esposa. Su rostro fue como una página en blanco que captó en densidad cosas inexplicables, detalles extraños que surgieron después de los crujidos de ramitas que se partieron porque alguien las pisó. No fue algo tan convincente ni instructivo, pero sí perfectamente observable; se trató del primer intento de coexistencia de dos mundos imposibles de conciliar. Entonces las pobres palabras fueron instantáneos miedos y las frases originaron un principio de terror. Oscar percibió que el más allá era mucho más complicado de lo que parecía y no siempre se atenía al sentido común; era la inmanencia que a veces se derramaba con vacuidad en actos esperanzados. Hubo traumas físicos, razonamientos que no fueron bien explicitados y una crucifixión por oscuras y horribles ambiciones. El cuerpo de un extinto podía ser el lenguaje, pero también el veneno de generalizadas sospechas, porque en ese día los moldes finitos de Oscar fueron puestos a prueba por las agudas palabras que salieron de la boca de un muerto que desafiaba las creencias ordinarias. Estas innovaban y esclavizaban, y se convirtieron en trampas que se hicieron pasar por malabares lingüísticos.

El muerto había gozado de un inmenso prestigio social, y veía como inconcebible a la actual era digital que carecía de grandes premisas ideológicas. Salió del polvo con buena salud como si fuera un gigantesco escarabajo; no tuvo muchas facilidades para actuar, pero sí una urgente forma de impulsar su vida junto a un cúmulo de reflexiones histriónicas. Se orientó hacia el culto a su singularidad, a sus proezas que pasaron a ser deslumbradores actos, aunque sus disonantes definiciones y exigencias erróneas fueron propias de un desgraciado; distorsiones que se hicieron cantos de éxtasis a un vacío del que nadie sacó provecho.

En el jardín de los Bendeiro, ese hombre tejió sus sombras bastardas según la idea difundida suficientemente que el sol da un marco seguro de pertenencia. Sus trasgresiones fueron cultivadas con solemnidad, y pasado un corto lapso las sospechas que era un impostor sobrepasaron sus impura y experimental internación en el mundo. Porque caminar por

la tierra le creaba mucha ansiedad, y aún más el tener que golpear con sus desgastados nudillos a la puerta de esa casa. Desde el principio y en forma sistemática procuró establecer un nuevo orden, tratando en su alucinación de no confundir al día con la noche.

Su cuerpo tenía una estructura que lo mostraba sólido, asociar movimientos, y con una fina voz alabar o repudiar a la gente sencilla de acuerdo a las oscilaciones de sus hirientes observaciones. Al matrimonio Bendeiro le pidió que se despojen de sus galas y falacias, y no cosecharan indiferencias ante la presentación que hacía con mucho tacto. Reunió un aluvión de poderosas frases sin considerar que podían ser un atado de ambigüedades. Y no se abría al debate, lo que decía era la patente verdad.

Anteriormente el matrimonio Bendeiro no tenía mucha conciencia acerca de la honestidad de la muerte; la entendía como aquello que sucede después de un gran sufrimiento y deterioro físico, lo que con la edad se hacía más claro al inaugurarse con pestes de enteras aflicciones. Si bien esa era una cuestión al que todos rendían fidelidad y contenía una gran exactitud, aún no la consideraban apremiante. Sí, alguna vez presumieron conocer aquello tan incógnito pese a ser algo muy elemental, pero hicieron las mismas patrañas especulativas que hacen los que gozan de buena salud. “La muerte se encuentra en todas partes en donde existe el tiempo” expresaron, haciendo un examen crítico como hipnotizados y sintiendo a sus almas perforadas por una gran sabiduría. Elba Bendeiro comparó a la muerte con otra mamá del hombre que por muchos años permanecía en sombras ininteligibles, y pese a su excesiva proximidad nunca se establecía como un criterio universal el identificarla.

Fue esa mujer quién le suministró a Oscar los novedosos datos del recién llegado, su altura impactante, la manufacturación roída de aquel hombre que salió de viejos tormentos. Ella escuchó junto al acelerado ritmo del viento, a los sonidos crudos de alguien queriendo entrar con la emoción que conllevaba el pasar de una eternidad en donde se conjugaba la síntesis de las ausencias. Era uno de la alta Sociedad que se ahogaba si tomaba mucho aire, y lamentó la pérdida del tren de los contemporáneos acontecimientos. Un sujeto cuya rara victoria le permitía hablar. Su estilo se correspondió con el de un caballero que salió del cosmos; se paró frente a ella, enfrentándola con una mirada apriorística, seria, indiscutible, quedando a la vez muy perplejo frente a los ambivalentes parloteos de la mujer. “Vengo a cumplir un papel justo en este mundo y no será innumerable mi ambición”, le dijo.

Elba tuvo buena disposición, aunque fuera la primera vez que se relacionaba con alguien “que salía del horno” y era lapidario con los pájaros que sacudían sus plumas (y sus heces) por arriba de donde estaba parado. Ese hombre se abrió paso sobre congregaciones de gusanos, y exitosamente se destrabó de la tierra sin miedos ni angustias, pero con un

súbito aletargamiento. Y en el zaguán trasero de esa casa se largó a hablar de cosas que sucedieron en el siglo veinte con una mirada se congestionaba mucho porque sus recuerdos eran excedentemente leales a ese ayer. El ritmo de lo que revelaba se encauzaba de acuerdo a sus certeros sentimientos, y sabía de muchos eventos olvidados en un diferente y convulsionado mundo. Aparte de eso arremetía con mucho juicio y no trasuntaba haber cruzado ciclos de espeluznantes transformaciones; desde el principio aseguró a la mujer que traía válidas respuestas que construirá a partir de los rastros que dejó plantados cuando dijo su último adiós.

Se reencarnó con mucha inteligencia, y brindaba una imagen muy superior a la que se tenía habitualmente de un muerto. Tendía a deletrear lo que decía, aún no daba órdenes y en sus sonrisas se leía que los enigmas no se encontraban tan distantes. Con estilo le señaló que había una diferencia cultural muy grande entre la suya y esa actual y borrosa época. Y no era que se refregaría en los ojos a una efusión sentimental, pero hubo una lucha muy tensa entre los dos periodos, por la cual el segundo se desfavoreció. No demostró hostilidad ni desprecio, pero bostezó con sueño fingido cuando la mujer lo interrumpió. Le resultaba constrictiva la liviandad de Elba Bendeiro y de ningún modo coincidiría con las historias que le contaba. Todavía no la previno de su gran proyecto y se sometió al deseo de ella de charlar un rato. Elba se perfilaba como la articulación ejemplar de una matrona, y designaba a inigualables santos como si fueran integrantes naturales de su vida.

El muerto se contentó por recuperar sus antiguas percepciones, aunque estas eran comunes y corrientes, o muy ordinarias a causa de las influencias circundantes. En sí mismo afloró desprecios y trastornos por intercambiar palabras con una mujer tan pedante. Dijo una frase en francés que a Elba Bendeiro le pareció extraña, pero fue una enérgica reacción de buen gusto frente al indiscriminado cotorreo de la mujer, que hasta le resultó secretamente gozosa. El hombre no realzaría la monstruosidad que significaba hablar con ella, o el fundar su estilo a través de una mujer a la que no decantaba bien lo que le decía.

Se escapó de la gris eternidad, y ya tenía hambre o al menos eso dijo con visos ansiosos; esperaba que ella le diera algo de comer, y se lo confesó para que no cayera en la tentación de hacerse la desapercibida. "El revivir trae consecuencias físicas", dijo esperando que su anfitriona recogiera la insinuación. Rápidamente se desvistió de vanas apariencias para ser atendido como correspondía a alguien de su alcurnia. El hambre era la señal que cargaba en sus instintos y que demostraba que se adentró bien en el tiempo; de un momento a otro se concedería un lapso para almorzar, ya que Elba compartiría con él a sus viandas seleccionadas. "Comer no es una operación dialéctica, sin embargo, tiene que ver con acallar al estómago", expresó feliz de hacer esa ingeniosa observación. Echó su mirada de arriba a abajo sobre la casa que tenía

grietas en las paredes, y eso le pareció muy malo; esos espacios carcomidos por la humedad también implicaban espesos trabajos de restauración. Pero al conciliar la vida con la sensación de hambre, pasó por alto el inicio de cualquier disputa trágica. No haría comentarios que oscurecieran al horizonte cuando la pauta primaria era concordar. No le gustará hacer las distinciones a las que estaba obligado, según declaró en un espontáneo ataque de sinceridad. Se situó en el centro del mundo contradiciendo la soberanía de la muerte; su mayor fortuna era estar vivo y ningún acuerdo posterior lo explicaría. Veía a inflados surcos en los jardines, y en el cielo como las falsas nubes se desbarataban.

El hombre había surgido en ese jardín con entusiasmos serenos, y algunas remembranzas que eran mediciones de otros tiempos (aunque el actual era el empotramiento al que se sometería). Y lo que percibía no le era tedioso porque recuperaba sus cinco sentidos en forma rebelde, furiosa, como si se arrastrara para retener con fuerza sus maneras recién adquiridas. No poseía dinero en efectivo, pero sí a un gran cúmulo de experiencias, y su buen nombre en la tierra de seguro se mantenía intacto. Sus brazos aún estaban ennegrecidos porque el barranco del que salió estaba lleno de suciedades, pero igual se levantó sacudiéndose el polvo y dirigiéndose directo a la carretera.

Puso en movimiento su cuerpo regulando muy bien sus incipientes sentidos, y a sus palabras las fue creando dentro de una progresión muy fluida del lenguaje. Su agraciada memoria le rearmó varias frases como si tuviera el don de la clarividencia. Durante su enclaustramiento en la muerte había hablado otros idiomas como uno vernáculo del antiguo Egipto, pero ahora dependía del caudaloso español. Ese idioma brotaba de su lengua, pero a veces se colgaba en alguna zona cuyo vocabulario era tenebroso y lo dejaba exhausto.

Equivocó símbolos y estructuras modernas, e hizo algunas reflexiones poco claras. No tuvo fecundidad en su pensar, pero su encadenamiento a ciertos argumentos era muy voluntarioso, y les dio a deficientes palabras una proyección religiosa o poética. "Si las demandas que traigo no son suficientemente atendidas, yo le prevengo que la energía de éste mundo se va a sobrecargar y no impediré que eso ocurra", dijo sin que eso fuera sentido como una amenaza, sino como una reacción frente al desarreglo y la falta de ajustes de la humanidad a su presencia. Sería pavoroso que el esplendor de su revelación cayera en saco roto. Explicó a la mujer con eficaces argumentos a esa realidad atónita, remitiéndose a su anterior sabiduría que no fue reprimida por la postración experimentada dentro de la tumba.

Desempeñó ese papel migratorio porque no aceptó la cosmogonía de sus colegas fallecidos; la función de estos había sido la de obligarlo a retroceder y excluirlo de cualquier asociación terrena. Su proyecto les pareció absurdo e incomprensible; para ellos no mantenerse replegado en

el disimulo y el ocultamiento era vergonzoso. Ahí adentro no había literaturas, ni las excelencias de la religión, ni siquiera se oía una zamba folclórica ni se aplaudía a dos manos en teatros abiertos. Y el ya no heredaría esa tradición apocalíptica, su deseo fue traspasar su cabeza a los orígenes del sol, y dejar de ser un craso durmiente para sentir su pecho palpar.

Tal vez daba algunos pasos descuidados por no considerar los peligros que se divisaban apenas se huelen los perfumes de la tierra, pero apurarse era su pánico favorito, siempre lo fue. Se sentía muchas más un profeta que un loco, uno que andaba sobre el mar sin tocar con sus dedos a ese cristal para no ensuciarlo con sus huellas dactilares.

El avanzar por el mundo no dejaba de ser una deposición, porque no dejaba de ver a mendigos cuyos números eran cientos de millones de veces superiores al de los príncipes. Los observó desde lo místico y lo vigente, y recordó que Hesíodo ya anotó con audacia eso tan verídico. Para él, un justo trato sería que los mendigos no se le acercaran y los príncipes no quisieran darle limosnas. Una posición equilibrada para que nadie cometiera extremos errores.

Elba Bendeiro no supuso que ese personaje tenía un doble carácter. Lo vio como un intelectual con algunas veleidades, un santo varón en su lucha contra el deseo, un general que, a pesar del amplio panorama de derrotas, con ligereza había triunfado. Pronto llamó a su marido, señalándole la presencia de un invitado que era mayor a un famoso actor de teatro, o quien estaba en la cúpula del gobierno o cualquier miembro de la trascendental elite. Uno que hizo un misterioso viaje para dar una alternativa distinta a la oscura verdad y a las engañosas apariencias, un caballero que respetaba hasta los sombreados árboles, y que alguna vez fue pródigo en días, pero fue condenado al exilio del tiempo.

Algo reticentemente milagroso estaba ocurriendo, y lo percibía bien a través de su intelecto y sus sentidos. Eso en principio no era racional, no obstante, hizo algunas ampliaciones lógicas; había que cuidar a ese muerto y no abandonarlo en la calle ya que frente a la ansiedad de la gente se agarraría la cabeza con las manos. Él era la respuesta a la enigmática interrogación que hasta el más humilde de la población alguna vez se hizo; Elba sabía que el anhelo más imperioso de la humanidad era el de conocer a alguien que volvió de la muerte porque eso implicaba que existía realmente el más allá, y la persona no se terminaba pese a que su cuerpo fuera roído por insectos o ratas. ¡El camino de regreso a la vida ya no era el del error, o uno que se considerara impracticable! La muerte era el otro estado normal del hombre y se podía emerger de ésta hablando al fundamental lenguaje y llenándose los pulmones con aire además de orgulllos, corajes y una gran satisfacción. Se podía estar muerto y a la vez ser sensible e inteligente, correr la mano de izquierda a derecha, mancharse la cara con la oscuridad de las noches, y despertar

comprobando que el día no se cerraba pese a que se levantó un temporal.

Eso que ocurrió en el jardín permanecería cómo un secreto si Elba sólo confiara en la dispersa memoria (que a veces es un tanto cerril y se desvía de los fines dogmáticos), por lo que sostuvo como una invalorable persuasión el anotar todo, y así dejar un testimonio indudable. Elba sacó de su cocina atestada con sartenes y platos sucios, a una lapicera y figuró frases que se leerían con la luz del día y los focos eléctricos que se prendían en la noche. El muerto estaba a la vista y no era un fraude, ni un desbandado latrocinio, o un chiste armado por alguna suprema entidad del más allá para sorprender a los quebradizos habitantes del mundo. Aquel que una vez se ahogó se dejaba ver, aunque no a precisas muchedumbres. Caminaba, hablaba y explicaba teorías que fueron de lo más comunes en remotos tiempos. Sus movimientos eran leves, difíciles de hacer, y parecía no tener conciencia de su vulnerabilidad. La mujer calculó su peso, observó sus uñas astilladas, y se maravilló porque su transferencia a la nueva realidad no lo volvió loco. Su carne milagrosa era de una blancura poco común y con sus manos sacudía las hojas de los árboles, con escasa destreza murmuraba como estuviera en cercanías a un naufragio; el hombre se inscribió en el contexto de la tierra con sus contradicciones profanas.

Para que esas cosas no corrieran el riesgo de desdibujarse por lo azaroso que era el olvido, Elba hizo cautelosos e inteligentes conciertos con su lapicera. Anotó lo que el muerto decía acerca de la moral tradicional, a sus desilusionadas categorías con la era actual por las enormes dispersiones que conllevaba lo moderno. ¡Las palabras aisladas nunca sirvieron, por lo que redactó nutridas frases que abarcaron la totalidad de esa experiencia! Ese hombre se aventuró desde otras lumbres y no lo consideraría un indigente. También dibujó una renacida ave fénix y un rápido pez, dejando en el medio un espacio en blanco para colocar la figura del recién llegado a quien propondría como un héroe o un santo del tipo religioso. Alguien sin codicia que caminaba más allá de su sepulcro, y sin intimidarse por las sombrías imágenes que veía.

¿Cómo negar el carácter universal de la muerte? Era la manifestación más previsible del ocaso, y la prescripción ordenada de que cayeran en el suelo sobre el que caminaban los que primero habían nacido. Y ese hombre que confundía algunas palabras, la dejó en el asombro porque demostraba que la muerte fue fraguada como una mentira o un envilecimiento que impedía respirar el aire, y nada más. Respetaba las memorias de esa pobre piltrafa para a su turno recibir un tratamiento honorífico similar. Ese hombre traía noticias de tierras en las que no había disputas, ni choques de concepciones, ni tremendos rigores; además no existía algo tan dramático y convencional como el infierno.

A partir de ahí nadie desvirtuará sus esencias, ni se vanagloriaría si los muertos no descansaban en paz, porque todos los que pasaban por el mundo no eran más que muertos en más vívidas etapas. Cada buena alma encontraría su voz para tratar a la muerte de la misma forma que la vida, entendiendo que ambas tienen como padre y madre, a la locura y al amor.

Por cierto, que cualquier suspicacia fue descartada por Elba Bendeiro quien destacó en sus notas las fuerzas de los muertos y que eran inútiles las resistencias que sin saber les oponían los vivos. Y en ese primer instante no escribió: "tengan cuidado que no son dignos para confidenciar". (Eso lo colocó más tarde cuando hizo otra interpretación como otra opción más atinada, y dio lugar a un silencio contemplativo).

El hombre no aportó tétricas ideas o lo que comúnmente se tomaría como la entronización de lo fantasmal. Si bien en los internos círculos abundaba la oscuridad, como muerto hizo un gran esfuerzo en ligar sus pensamientos del mundo sensible. Y alentó a los hombres a escucharlo, presentándose como alguien capaz y poniendo mucha seriedad en su entrecejo y resquebrajada apariencia. No fue alguien famosísimo o muy sabio en ese principio en el que ensayaba limitadas metáforas y probaba poco a poco sus funciones motoras. Los caminos bajo el sol eran muy dificultosos, el sentirse vivo era arduo: había que cortar los aires con la respiración, y avanzar con los pies en el suelo sin permitir que el cuerpo quedé postrado o tendido. Con nostalgia el sujeto recordaba que la belleza de la muerte era que en esa patria no había dolor.

Se levantó del suelo algo lastimado, con una visible perforación en el tobillo izquierdo, diciendo unas palabras de Hamlet según una desconocida traducción. Aquel "ser o no ser" parecía una revelación divina, pero era nada más que el poder de degradarse o el éxtasis que la genuina comprensión surgiría en el panorama con la mera existencia de una posibilidad. Se fue gobernando a sí mismo como un conjunto de piezas heterogéneas, y de acuerdo a los afanes comunes de las personas, con el sincero afán de penetrar definitivamente en cada indicio del tiempo a pesar de recelar bastante del flameante sol y de las huidizas lunas llenas. Pero estar vivo implicaba un reconocimiento de esas verdades redondas.

Claramente no se inhibió al entrar en esta dimensión tan enredada, y caminó, aunque forcejeaba mucho con sus miembros. Se apretaba la garganta para ver si le faltaba el aire, se tapaba con las manos los ojos y dedujo que así sería si estuviera ciego; afirmó que lo que fluía en el espacio era polvos, brillos de la luz, y pájaros vacilantes. Se asemejaría a los demás, aunque por ahora sus objetivos resultaban más modestos; a diferencia de Hamlet no tenía miedo de ser la víctima de un designio malvado. Sólo se asombraría si no satisficieran sus demandas y

manifestaría un espíritu cruel.

Elba conjeturó que el muerto era una traslación tridimensional de los sueños que como vivo había tenido en esa época de gloria, y se establecería como una compañía plañidera que por no tener sangre roja permanecerá embrujado en ambientes que escapaban al sol. Alguien que en el mutismo conservaría su inocencia y sería mínimamente feliz. Considerándola en conjunto, su conducta era un tanto rudimentaria, y tenía pizcas de arrogancia. Pero el pobre no había vencido los cercos de ese vecindario con nobleza y perseverancia para ser sorprendido por fulgores de dudas o rodar al lado de las palomas que inflan sus pechos por las plazas. Tal vez su charlatanería era una práctica común de los muertos que así disimulaban sus endeble condiciones por temor a ser regañados por los vivos. Pero ella le sonrió de la misma forma que dadas las circunstancias abriría las puertas de las jaulas de los leones para que escapasen de los viles zoológicos.

Los muertos se escudaban en sus viejos orgullos de la misma forma que los borrachines lo hacen en las copas de vino que les sirven en el bar. Para ellos vivir dejó de ser una costumbre para ser una quimera inalcanzable. La mujer estaba dispuesta a ser tolerante con su precaria personalidad y apoyarla para que recupere su autoestima. Elba Bendeiro le concedió su maestría ejemplar para que no se pierda y alguna profunda ingestión del pasado no lo devenga en alguien rencoroso. Procurará que no pierda su escaso poder y se recomponga; lo encorajó a continuar.

Su tendencia era ayudar a los que cayeron en lo indeclarable, a los que alguna vez fueron eminencias, pero dejaron de brotar palabras de sus labios, y cuyas naturales formas se perdieron como lo hacen las aguas de los ríos cuando van a parar a un océano lleno de sal. A ese muerto le dio dentro de un espontáneo marco de apreciaciones teológicas, una categoría mayor a la de un alma en pena, y juró que nunca lo deshonraría ni pensaría en él como un desaliñado. Nadie lo tiranizará, ni será con él cruel o despiadado, porque ella chocará con odio contra esos guerreros ineptos que eran los verdugos.

No arrojó sobre él ninguna descortesía, sino que lo trató en forma harto familiar, y luego le señaló como llegar a la estación que también eran un cruce central ferroviario que lo llevaría a la gran ciudad si quería seguir por ese muy transitado camino. Porque en algún momento se preguntó si era un sujeto dócil o un hábil hechicero.

El hombre estaba parado, ordenando al mundo con su mirada, y sintiendo al deslumbre producido por lo momentáneo luego de pasar edades mayúsculas en el interior de un gran vacío. Entendió que no se complicaría, sino que se enriqueció situándose en esa porción angular del mundo en la que el viento alargaba las extensiones de sus cabellos, y en donde se concentraban a la vez de su atención, la extenuación y la

fatalidad. Se sintió tonificado al extender sus músculos sensoriales, y consiguió que se detenga en su recto torso el populoso movimiento del viento que además modificaba levemente las posiciones arrojadas de las ramas de los árboles. Murmuró que no quería guerras, ni entrar en ámbitos problemáticos, y razonó que necesitaba cambiarse la ropa que más que sucia estaba hecha jirones. A lo que lo rodeaba lo consintió con fascinación, pero con algo de escepticismo supuso que para él moverse en forma plena por ese jardín era tan estrepitoso como hacer un viaje a la China para una persona cualquiera. Vivir era sojuzgar las distancias, armarse de valor para recorrerlas; sólo así uno se sentía poderoso.

Pronto se ensoberbeció por su elocuencia, y fue tan triunfal en ese proceso de aumentar su vigor que ahuyentó dos pajarillos que se le acercaron. No tuvo voluntad de perseguirlos, sólo deseó que no le picotearan la cabeza.

Más allá del viento masivo, y como si en verdad fuera un soldado que salió de un invencible caballo de Troya esparció algunos de sus crípticos mensajes de ultratumba. Era un grupo muy limitado: él y una mujer a la que dentro de las opciones del momento eligió saludar, y brindarle sus juicios perfectos. Elba Bendeiro no tuvo miedo teatral por ser la elemental audiencia de un muerto, y tampoco analizó que cosas se situarían más allá de sus narices cuando quiso convertirlo a la realidad, ayudarlo. ¿Era peligroso un muerto que hablaba el mismo lenguaje, y cuyo pensamiento que antes fue regresivo ahora se reconstituía? A partir de esa decisiva cumbre entre los dos todo sería diferente. La discreta concurrencia de Elba le daría valor para luchar contra aquellos que se opusieran a su libertad de movimiento.

En cambio, el recién llegado, como ser superior que era no se dejó ganar por esa apatía, y estuvo a punto de pronunciar iracundas palabras de acuerdo a sus verdaderas intenciones. En los subsuelos de su mente concentraba una excesiva irritación, compendios de emociones que se volvían retorcijones muy graves. Él impondrá su concepción paradigmática que interrumpirán de manera tajante las indefiniciones anteriores. Pero antes valiéndose de esa relación casual se empeñará en persuadir a esa mujer desventurada, cuyas cascadas de balbuceos ya le aburrían.

II

Ese hombre había sido Alfonso Piano, o al menos esa fue la fonética deducción que hizo Elba Bendeiro, a la que siguió la vibrante conformidad de su esposo Oscar quién también se concedió el privilegio de decidir la identidad de ese atroz visitante. Oscar apareció suspendido en el asombro, y miró a quien tenía más altura que él, se movía andrajoso y

tenía los ojos perdidos.

Al darle ese inofensivo nombre redujeron con sinceridad sus temores, y afianzó la creencia de Elba Bendiero que el muerto se trataba de un ser inofensivo que tal vez se desvanecería al caer la noche. Se vincularon directamente con él, y sin embargo se disgustaron por la contradicción de que un desarraigado de la tierra mantuviera un carácter real y autónomo.

De cualquier forma, Alfonso Piano no estaba ahí para hacer negocios ni enseñar nada, sino para cumplir un rol puro e inocente de evidencia pacífica de la inmortalidad. Era una alegoría divina que cobró significación al ser divisado por un hombre y una mujer, en cuyas mentes su imagen habitará para siempre. Aquello no se ajustaba al registro de lo cotidiano.

De lejos se oyeron rumores de lluvia, y Elba se sintió un poco agobiada. Acontecimientos meteorológicos de ese tipo obligaban a reducir las fronteras y a acercarse a la protección del techo de chapas... para que el agua no cayera como plomo y derribará al recién llegado que así volvería al lugar en el que tal vez tendría más sentido que estuviera. Reconoció como probabilidad que no se sentiría cómodo, o que esa ventosa humedad le causará un descomunal resfrío. Alfonso Piano había sido un médico pediatra que curó muchos niños; esa era la estupenda imagen que interpusieron con el muerto.

Un sujeto sin muchas místicas sobrenaturales, lleno de generosos sentimientos, por lo que los ánimos del matrimonio no se tornaron desapacibles ni cedieron espacio a miedos instintivos. A pesar que no fue fácil establecer la escala de los intereses de Alfonso ahí afuera, en esa intemperie prodigiosa, como doctor y por las influencias positivas que ejerció en su tiempo, no les provocaba asco ni repulsión.

Nominar a ese sujeto fue la forma que tuvieron de desplegarle buenos atributos (aunque no fue más que una ponencia voluntariosa, una resoluta acción que cumplía con la tradición de dar fiabilidad a alguien). No se reprocharon por abrirle la puerta a un extraño, ni enarbolaron demasiada curiosidad intelectual por saber quién era. Ese ser, anómalo en sí mismo, a sus ojos adquirió una atractiva idiosincrasia. Incluso conocían a un sobrino suyo que a la edad de veinticinco años se fue como polizón de Francia. ¡Y de ninguna forma Alfonso Piano salió del infierno, sino del Cielo que por regla alojaba a lo mejorcito de la humanidad! ¿Pero por qué desde ahí, vino a ese suburbio apagado y sin grandes fervores? Igual, a la clasificación de ese espíritu como habitante del paraíso no la tildaron de imaginaria, ya que este fue sostenido durante insistentes siglos por los deleitados varones que escuchaban los secretos tonos del universo. Es más, le preguntaron a Alfonso acerca de las espumosas nubes, de la mítica luz que confluía en esos rincones, pidiéndole algunos detalles más o

menos superficiales del lugar.

Al poner un nombre a ese sujeto mayor que un alma en pena, la confirmaron y a la vez la sujetaron a benignos límites. Hablaron de naderías, de torbellinos de cosas que si no se mencionaban en ese instante se romperían como las olas del mar, de aquello alegre que no dejaba de ser espurio. Alfonso Piano cómo cualquier obra humana requirió ser denominada para adquirir deseables atributos, y reconocerle que tuvo niñez y sueños en las calles de algún barrio que por entonces no se transformaron en desamarradas avenidas. Cada individuo era producto del reconocimiento de los otros y era muy poco por sí mismo, es decir, sus rasgos únicos y básicos tenían que ser percibidos adecuadamente para que anduviera en libertad con sus formas concretas y aleatorias.

Oscar Bendeiro aportó su ínfima bendición a ese hombre sin ser ni simiente, pero que merecía ser premiado por burlar la vieja corrosión que se sucedía en los impermeables atolladeros del otro mundo. Merecía compartir la común herencia de los seres humanos, respirar el aire, plantar hortalizas, levantarse bien temprano o irse a dormir cuando se le daba las ganas. El sólo hecho de volver del más allá era una referencia exitosa, ya que rompió con lo inexorable y le dio nuevos bríos a la humanidad. Sus emociones se reordenaron, superó lo banal, y gracias a él los cementerios se redefinirían como galerías de arte.

Alfonso Piano les explicó que la muerte no era confusiones de lunas con aguas bebibles, sino un menesteroso océano donde no había mentiras ni secretos ni confesiones, sólo la tensa y horrorosa obligación de callar. Ese mundo no era inocente ni santurrón y manchaba con sus tesituras oscuras a lo que tocaba.

III

Al rato la mujer sintió los crujidos lentos de gotas de lluvia que se transformaron en miles de martilleos sobre el techo de quejosa chapa, bajo el cual ella, su marido y el extrañado muerto, se cobijaron. Como siempre, la lluvia acusaba al hombre de debilidad, le aflojaba sus prisas y le hacía detenerse para analizar su situación con más pulidos criterios. Y era complicado analizar ese temor opuesto a ser encerrados, que era quedar desguarnecidos. Ella razonó que en las plenitudes a veces se esconde lo torvo, al intentar dar raíces más profundas a su espectral huésped. El agua la inspiraba en la limpieza del pasado para que no se produzcan regresos de vanidades y renovarse de lo que antes inspiraba vergüenzas. Pero eso que le dijo a su marido con tanta seguridad, se contrajo a un conjunto de ideas vagas. Estaban frente a algo extraordinario que interrumpía lo periódico, y rompía los equilibrios razonados durante siglos de civilización.

Oscar limitó mucho lo que se cuestionaría al decir que el buen Alfonso no traía nada inhumano entre manos; seguramente era alguien candoroso que no quería publicidad. De ninguna manera se desdoblaría en un sujeto maldito por el cual es necesario llamar a la policía para que lo eche. Mantuvo la jubilosa idea que era un ser de luz, un noble que no conocía crueldad, y que, si le pidieran que se vaya, un caudal de lágrimas se despararramaría de sus ojos.

Elba le respondió que, si bien era milagroso que el muerto se sostuviera en sus pies, su locuacidad le resultaba un tanto exasperante. Había algo horroroso en sus intentos de modernizarse, y el estudio especial que hizo sobre la casa le quitó el sosiego.

Sin importarle la meneada lluvia que si se corriera de ahí caería sobre su cabeza, Alfonso Piano dejó crecer varias indignaciones como producto de la gestión que hacía de su vida y el vociferar su perfección. Puso en tela de juicio lo que pasaba a su alrededor, dijo que las márgenes de lo que se veía eran imprevisibles, y se quejaba de muchos desvíos de los vivos a los que consideraba sospechosos. Pronto se denotó como un sujeto que existía con alguna anterioridad a las fechas que Elba presumió. Puso intempestivos reparos a los que le impusieron una identidad, y le explicaban que papel jugaría en ese entorno como si fuera un muñeco que a través de hilos de seda lo manejarían con facilidad. Y no consideró la falsedad de lo que decían de él como algo insignificante o aleatorio. Esos comentarios atentaban en contra de su pudor, esas especulaciones recorrían un camino ilícito. Como él se ensalzaba por retener su antiguo poder y pasión por la vida, lo único admisible era que no contradijeran sus justas ambiciones. No aceptaba críticas ni que dijeran que era un antiguo que no entendería los acontecimientos sucesivos de esa sociedad a la que estratégicamente volvió. Se mantendría en una posición irreducible y victoriosa hasta que sus instintos prevalecieran sobre las bajezas de los Bendeiro.

Alguna vez uso saco y corbata, poseyó un intelecto torneado en prestigiosas universidades extranjeras, y celebró un longevo matrimonio. Su vida fue muy previsible, nada se desbordó. Pero ahora lo estaban traduciendo en forma errónea; no entendían quién era y los poderes que de él emanaban. Se determinaron a trasgredir sus buenos modales haciéndole proposiciones inexactas, discutibles e impertinentes.

Extrajo de su habla a nuevos sonidos que pronunció maravillado; era capaz de darse a entender y sus frases fluían admirablemente. Dio a conocer su doctrina que no tenía nada de extravagante, que establecía premisas para culminar con esa anormal situación sin más sutilezas ni juguetes de ningún tipo. No era su papel ser el vocero de otros muertos, sino que conservaba una voluntad independiente. Él no era ese Alfonso Piano del que desconocía sus virtudes o las vicisitudes con que se envió durante su tránsito por la vida. Ya casi se caracterizaba como un ser

humano pleno, y no era nueva manifestación simbólica de los difuntos. Daba definiciones diferentes por poseer la certitud del lenguaje, y en sus habilidades físicas se producía una completa regeneración.

Aplastó un insecto con su mano, y mostró al matrimonio un escudo que estaba claveteado en la solapa izquierda de su jironado atuendo, y aclaró que durante las previas horas revisó bien los números para que las muchas causalidades de su buen vivir le fueran restituidas. Se hallaba de nuevo en sus paisajes perdidos y queridos, descubriendo con emoción lo que fue suyo, y que únicamente adquiriría coherencia si él se ubicaba en su centro. La clave de su regreso a ese sitio residía en el profundo amor que profesaba a su pasado, que no era independiente de ese gran presente y se encadenaba a un inmejorable futuro. Vivía a toda costa; sus dedos señalaron al húmedo horizonte mientras olía al perfume escarchado de los jazmines.

Sus técnicas para revivir fueron admirables, aunque para muchos se trataron de experimentos de ingobernable audacia. Quien ahora se mecía dentro de lo que deberían ser tiempos remotos, no quedó a merced de la máxima fatalidad de los sepulcros, de la soñolencia de la que nunca ningún muerto común y corriente retrocedió. Y ahora no se abocaba a la chatura, ni garantizaba a ese matrimonio inmunidad por sus errores. No les daba más datos específicos de su supervivencia porque fueron raras pulsiones imposibles de articular dentro de las limitaciones del lenguaje. Su aislamiento fue roto y eso era lo único imprescindible que tenían que saber de su epopeya. No les transmitió una explicación total, y sólo expresó frente a los Bendeiro que su renacimiento se produjo en un astillero subterráneo en donde se armó como un barco, hasta que obtuvo la aptitud de navegar por aguas mansas. Fue una metáfora pensada de antemano; de la naturaleza simbólica del lenguaje obtenía el suficiente rigor para darse a entender. También les dijo que la madurada forma de su rostro surgió de un arcano espejo que guardaba quien solía ser antes; y les aseguró que tan pronto se estabilizara en el mundo, con su sabiduría les daría un diagnóstico más perspicaz. No ocultaba deliberadamente ningún asunto, y sus imputaciones eran fácilmente comprobadas aún antes que se concretaran en forma regular los latidos de su corazón y dejara de estar exhausto.

En el aire se insinuaba algo potencialmente catastrófico; las aguas que descendían del cielo se engrosaron tórridas y golpeaban los techos con violencia. El muerto no supo si sus parlamentos se exacerbaban por añoranzas de su privilegiada vida, o por enterrar sus tristezas de desterrado.

Sí, Alfonso Piano daba retorcidas referencias, cometiendo una rara imprudencia al romper con el ideal de los Bendeiro. Su situación era un tanto ilegible pese a que con su frágil peso se movía con intimidante audacia. El muerto quiso que los otros comprendieran que no sólo esa

franja de tiempo le pertenecía. Hasta entonces ocultó cualquier indicio de su finalidad porque tuvo ligeros problemas en la medición de las palabras y no diferenciaba bien el hablar seriamente con las ironías, pero ahora no será hermético y les explicará a los Bendeiro sin tardanza en qué consistía el asunto que lo llevó hasta ahí.

El muerto se paró sobre los caños de la parrilla con la pretensión de regir a todo lo que veía desde una posición más elevada. Lo hizo añadiendo uno a uno sus huesos a esa estructura sólida, en donde escuchará las suplicas de los que les costará entender los cambios. Fácilmente impondría sus normas, que en la práctica determinaría lastimosas eventualidades para ese matrimonio. Y ya quería sentir los goces que surgirían a partir de cada nuevo amanecer. Los examinó detenidamente antes de hacerles su sobreentendida enumeración. Su meta no era mantener las inacciones, sino organizar lo inapelable dentro de un encuadre novedoso. Tenía en claro que destruiría lo injusto desde sus orígenes.

El muerto se presentó cómo Gustavo Capri, por lo que ya cesarían de atribuirle historias de algún bonachón personaje. No era un mediador con la muerte, ni un chamán, ni un recitador de los aspectos irracionales del universo, y le harían un favor si le concedían el merecido reconocimiento de la persona que era. Atenazando sus brazos a las columnas del quinchó, divulgó que esa confusión acerca de su identidad reunía atisbos de ser una falta imperdonable. Deberían cuidarse y ser transparentes, ya que si no emplearía dispositivos legales para apercebirlos. No permitirá que le den más golpes bajos, porque entendía cabalmente que con la repetición de sus actos configuraban un severo delito. Sin embargo (tornándose comprensivo y casi benévolo), concluyó que aquello se debía a la ardiente imaginación de los mortales que a todo se ufanaban en falsificar. Con su voz menos estática y más libre, los llamó a reconocer sus fracasos, partiendo de la obviedad que no tendrá sentido resistir. Le resultaba asombroso que la gente viera sólo lo que quería ver, y no tiritara cuando cerraban las puertas sin temor a que la casa se le derrumbara encima.

Él fue el convencional dueño de esa casa en la que el matrimonio Bendeiro se instaló hacía algo más de una década (de ahí su grave exhortación para que escucharan bien su nombre). Y sabían bien cuál era la definición, los alcances y la vigencia de su categoría de propietario. "Por lo que ya no se extraviarán más de los caminos de la ley", les dijo con una especie de modorra en sus ojos helados, y la palidez aferrada a un rostro que todavía no recibía suficientes flujos de sangre.

Entendió como la más justa condición que se resignarían a irse, y lo dejaran residir tranquilo en esa casa que también perteneció a su padre. Carecía de importancia el tiempo en que moraron ahí, y no les cobrarán atrasados alquileres, a no ser que le ocasionaran problemas. Si partieran en un corto lapso, pondrá un gran paréntesis de olvido al tiempo que

residieron en su propiedad. Ni siquiera haría un inventario; priorizaba la historia sentimental sobre los objetos. Les daba un tiempo adecuado para que se corrieran de la ciénaga legal en que estaban metidos. Tuvo una enorme paciencia, y no temía esperar un poquito más.

La explicación que hizo de su pasado no reflejó felicidad en los rostros de quienes bondadosamente lo ampararon durante algunos minutos, sino que les amarró bastantes rabias en sus corazones y destellos rojizos en sus ojos. Un desesperado vagabundo les exigía obediencia, acusándolos de una incómoda e indecisa transgresión; para eso se enmascaraba como un muerto pobrecito. Pronto las críticas contra Capri dejaron de ser leves resoplidos y desplazaron al valor que antes le asignaron a ese maloliente fantasma. La rebelión del matrimonio fue evolucionando más allá de una reacción discursiva que se propagó durante la pasiva compenetración del muerto con todo lo que veía en las periferias.

Un absurdo riesgo se proyectó dentro del espacio, y el tiempo (que nunca tuvo fatuas pretensiones de eternidad) se descompuso en unos cuantos episodios de descontrol e ira. Al final supieron cuáles eran los reales objetivos provisorios del sujeto que traspasó sus umbrales. Los Bendeiro tomaron graves precauciones para enlazarse con los principios universales de hospitalidad, pero a cambio recibieron demandas fundadas en la voz fortuita de un muerto. ¿Podía creerse la obstinación de alguien que falleció una punta de años atrás, y volvía para proclamar su primacía que no era más que una forma de joderlos?

El procedimiento con que le habían dado una generosa bienvenida fue rápidamente anulado puesto que el muerto demostró una insidia franca. Se quedaron atónitos por aquello incalificable que les dijo, por sus tajantes mentiras que eran peores a que le pusieran un cuchillo en el cuello.

Pronto caducaron sus paciencias frente a las explicaciones que éste se empeñó en darles: no quisieron oír más sus torpezas que más bien eran murmullos de un cobarde, o de un merodeador disconforme que se introdujo en su casa pidiéndoles algo de comer. Y no creyeron que su retorno fue algo encomiable o sobrenatural, por el contrario, expresaron que fue muy estúpido por haberse abierto paso a través de las putrefacciones de las tumbas. Del otro lado se estaba mejor: sin fulminaciones legales ni groseras codicias ni discusiones disruptivas e indeseables. Gustavo Capri no era más que un muerto y como tal un punto ciego en el inmaculado horizonte, un simulador que en verdad no existía. No era nadie, su dudoso vocabulario no era más que dolorosos arrullos, su cuerpo se doblaba a cada instante, y era tan irrespetuoso como un chivo que se escapaba del corral.

El matrimonio no repitió sus anteriores aspiraciones a ser amables que ahora le parecieron más que inverosímiles, ridículas. Los indicios eran que

esa crónica era un remedo, algo que no tenía una precisa existencia, una combinación de imágenes que escapaban de las usuales lógicas, y un sobrecargado sinsentido del que no entendieron por qué se implicaron. Lo que fue una caótica oportunidad de maravillarse terminó siendo un intento de substraerse de una enorme vergüenza. Observaron con un horror que disfrazaban con ironías que se comunicaron con una sombra que se distribuía por las paredes, con un bicho que apenas se separaba del lodo y cuya quimera era aparentar dominio del lenguaje, con un intruso que tenía una cantidad enorme de tics y no era ni chicha ni limonada.

Lo expusieron como una fábula delirante, y de ahí en más desoyeron sus engañosos discursos. Era alguien burlesco y vulgar, pero más que nada se trataba de un arcaísmo imposible. Declararon al unísono: "el único poder que tienen los muertos es el que les confieren los recuerdos de los vivos". ¡Ellos no se multiplicaban en la realidad bajo ningún punto de vista!... se lo sacarían rápido de la cabeza. Como siempre la lluvia castigaba al corazón de la tierra, aunque muchos creyeran que la bendecía o renovaba.

Hubo una nueva peroración en la que Gustavo Capri no se abstuvo de empujar para adelante sus arraigadas manías (que serían en él más habituales que alguna incierta virtud). Se atribuyó razones serias, evidencias rigurosas, que lo alejaban de cualquier carácter esotérico que le atribuyeron. Construyó una nueva mentira que pretendió ser salomónica, pero no poseía papel alguno que lo acreditara como dueño del lugar. No sólo se lo consideró como un espíritu bochornoso, sino que la habilitación que hacía de sus pretendidos derechos era complicadamente falsa. Sin embargo, su propuesta continuó siendo inequívoca: la única forma en que los Bandoleiro quedarían en paz con sus conciencias, era marchándose. Lo dejarían a él (que era mucho más que una energía simbólica) solo para recomponer sus recuerdos y tejer al fin la multiplicidad de puntos de vista propias de un mortal que se resigna a las concatenaciones de la sangre y está en calma.

Como estaba muy absorto componiendo esa clarificación, el muerto no notó al ritmo irregular con que empezaron a pestañear sus interlocutores. Esa suma de descompensados momentos hizo que la impaciencia se hiciera soberana. Gustavo Capri les habló girando sus manos enrojecidas, dándoles la espalda y mirando al jardín inmenso de su antigua casona, con la inocente presunción que en cuestión de horas la readquiriría con todas sus comodidades. Veía con embriaguez al cielo que no se limpiaba de lluvias y las nubes negras que eran sus precursoras, y hacía descripciones reales de lo que contemplaba como una inefable unidad de sus posesiones. Se determinó a que las cosas sucedieran de acuerdo a las palpitaciones de su revigorizado corazón, y no previó ningún intempestivo obstáculo; en ningún momento supuso que aquella simple operación se distorsionaría sistemáticamente. Porque tan pronto un resucitado se

regocija en la vida, vuelve a caer en las redes asesinas del tiempo.

La monstruosa sombra de Oscar Bendeiro se alzó fuerte sobre la pared sin revocar, tramando una venganza sideral sobre el pobre muerto, del que temió que tuviera un poder indisoluble. Este quedó a merced de su entera discreción porque se abrumó mucho por sus formas charlatanas y anárquicas. Oscar se conminó a hacerla por la cultivada falta de respeto que ensayó ese individuo; los jardines se extasiaban con el agua de lluvia que también inundaba la paciencia que hasta entonces tuvo. Y con su nítida voz declaró que, nunca en la historia un muerto dejó de ser una reflexión para convertirse en molestos murmullos. Jamás a existió tal cosa como sensibilidad hacía los muertos, y nadie creía que estos reunían los vitales conocimientos como para coexistir en la sociedad. Agregó que mantenía sus regulares funciones humanas, y de tanto en tanto paladeaba amarguras o se equivocaba en concebibles frecuencias.

La vocación que proliferaba en los muertos era la de no manifestarse y que uno apareciera era una malsana intromisión. Los muertos y los vivos nunca formaron comunidades, sus meras aproximaciones crearían vacíos infinitos en lo que siempre se trasformó con el trabajo. Ni siquiera unos a otros se brindaban palabras pías, ni se daban estoicos consejos. Sería una mentira inexpresable que un muerto se definiera a sí mismo como un vivo.

Oscar Bandoleiro prorrumpió en gritos peores, amenazó a Gustavo Capri y se dedicó con ahínco a su destrucción luego que se prendió en su persona una furia tremenda. Lo acusó de deformar al universo y además a su mundo privado. De la nada no salía el ser, repitió cuando sus pasiones se hicieron tiránicas y volcó su rostro contra quien se quedó quieto como un pájaro con las alas rotas y asustado. Un muerto engreído no lo intimidaba y le dará su justa retribución antes que hiciera repugnantes estragos. ¿Qué tramaba quien difundía ideas tenebrosas y rarezas inabarcables? Obviamente que no le gustó que los criticaran, cuándo le dieron la poco cautelosa posibilidad de hablar. Porque le concedieron un derecho totalmente insensato, ¿ya que dónde se vio que los muertos hablaran? Estos podían prodigarse en los fondos de sus laberintos, pero no en una casa de familia. ¿Quién estaría tan alienado como para creer que los muertos parloteaban y simulaban desconciertos?

Le aplicó un inevitable palazo sobre la cabeza al grito de: "¡No queremos muertos acá, vuelve a tu lugar junto a Dios o en los infiernos!". Eso fue suficiente para crear el incesante efecto de su desaparición; el muerto fue disipado de la tierra a la que había llegado desafiando todas las convenciones. Gustavo Capri perdió la conformidad de los Bendeiro en que permaneciera en su jardín, y le revocaron la ingenua simpatía que por algunos breves minutos le dispensaron.

Fin (27-2-2018)